

## II

Dejemos la palabra al camarada "Siegfried".

Bajo la influencia inmediata de Feuerbach, innegable hasta 1854— aunque la mayor parte de los Wagnerianos la consideraban como un error pasajero y superficial (1)—, Richard Wagner fue, por su naturaleza esencialmente artística, por su carácter irreductiblemente independiente, tal como se le conoció en su exterior revolucionario, un verdadero anarquista interior. Anarquista no sólo por su arte superior e incomprendido, sino también como espíritu amplio, sintético, profundamente humano y celoso de su individualidad en el más alto grado.

"Si me entregarais la tierra—dice en su obra "El Arte y la Revolución"—para organizar la Sociedad en vista de su bienestar, no podría hacer más que una cosa: dejarla en plena y completa libertad de organizarse por sí misma. Esta libertad se produciría espontáneamente, si destruyéramos todo lo que a ella se opone."

Sin embargo, consignemos, para satisfacción de los sectarios de la Idea y para evitar todo equívoco, que el espíritu revolucionario y anarquista de Wagner fue al fin absorbido por el nihilismo de Schopenhauer. Pero su última creación, **Parsifal**, prueba suficientemente que la conversión no fue la apostasía egoísta de un hombre ya colmado de honores y de riquezas sino, por el contrario, la resultante del aislamiento intelectual del artista, de sus decepciones ante la realidad desconcertante y, sobre todo, de su espíritu atávicamente místico y religioso. Esto es lo que, en suma, le empujó a pasar de su naturaleza revolucionaria, a la negación de la voluntad y al sacrificio de la acción.

¡Qué importa este cambio de ideas filosóficas! Consideremos al hombre

en la época que nos pertenecía por entero e inspirémonos en él.

"Wagner, en 1848, defendía principalmente la libertad del amor, los derechos de la inspiración y la independencia de la actividad. Por eso se esforzó bravamente en quebrantar, por la anarquía natural de la sinceridad y por el carácter revolucionario del sentimiento inmediato, las obligaciones del juramento, los lazos del matrimonio y las leyes de la propiedad". (A. Levy.— "La Filosofía de Feuerbach").

En el advenimiento de los tiempos nuevos de que habla Lichtenberger al citar un artículo publicado en "Volksllaetter", de Rockel, Wagner mantiene aún el espíritu anarquista más puro, más específico y más absoluto. "Yo soy la sublime divinidad—exclama hablando de la Revolución—. Yo destruiré el poder del Estado, de la Ley y de la Propiedad. Que el hombre tenga por único amo su propia voluntad, por única ley su propio placer, por único haber su propia fuerza, puesto que no hay nada más sagrado que el hombre libre, y nada sobre él puede subsistir....." (Cf. Lichtenberger.— "Richard Wagner, poeta y pensador".)

Lo que Wagner quiere es el **hombre bello y fuerte**: "que la Revolución le dé la **Fuerza**, el **Arte** y la **Belleza**".

## III

De un artículo escrito por Wagner poco después de la honda conmoción europea del 48, reprodujo Luis Morote en "La Noche", de Madrid, los párrafos siguientes:

"La ley de los muertos no es nuestra ley. La vida tiene su ley en sí misma. Y desde el momento en que la ley es para los vivos y no para los muertos, y que vosotros, trabajadores, sois hombres llenos de vida, no hay nadie que esté por encima de vosotros y vuestra propia libre voluntad es la única ley suprema, y el dios nuevo, que es de justicia y de democracia, destruirá el dominio de

(1) Cf. Lichtenberger.—"R. Wagner".